



LA VIDA RELIGIOSA COMO SEGUIMIENTO DE JESUS EN EL HOY DE AMERICA LATINA

Víctor Codina

I. LA VIDA RELIGIOSA COMO SEGUIMIENTO DE CRISTO EN LA HISTORIA

1. La VR. como hecho histórico y eclesial

El Vaticano II ha sido el primer concilio que ha reflexionado teológicamente sobre la VR y su función en la Iglesia. En él, la VR aparece bajo una nueva luz: **don** divino de Cristo a su iglesia (LG 43,1), que pertenece no a su dimensión jerárquica, sino a la **vida y santidad** eclesial (LG 44,3; AG 18,1.3), que consiste en un **seguimiento** más de cerca de Jesús (PC 1,2,3; 5,4) y que constituye un **signo escatológico** del Reino (LG 44,2; PC 1,1; GS 38,1), no extraño a la humanidad, ni inútil a la ciudad terrena (LG 46,2).

No sería correcto interpretar estos conceptos de forma esencialista y atemporal. Es preciso preguntarnos qué ha significado concretamente a lo largo de la historia y qué significa hoy y aquí, el ser "testigo del Reino" o "seguir a Jesús" o constituir un "signo escatológico".

Extractado de las alocuciones dirigidas a la Asamblea General de los Religiosos de Bolivia en junio de 1983.

Así como la teología contemporánea está haciendo un esfuerzo por recuperar al Jesús histórico dentro de la Cristología, y por insertar la historia de la iglesia dentro de la eclesiología, así también la teología de la VR ha de incorporar la dimensión histórica de la VR a la comprensión teológica de lo que es la VR. En el fondo esta postura nace de la convicción de que el Espíritu de Jesús actúa en la historia y en la iglesia.

El mismo Vaticano II nos invita a reflexionar sobre la dimensión histórica de la VR, ya que nos presenta la VR no simplemente como un ideal, ni como una bella teoría, sino como un hecho histórico y eclesial, una praxis, un "factum". La VR -dice el Vaticano II- es como una semilla que desde los orígenes de la iglesia ha ido brotando, creciendo y ramificándose hasta constituir un frondoso árbol con variedad de familias y dones (LG 43,1; 46,1; PC 1,2; AG 18,3). La jerarquía eclesiástica, a lo largo de la historia guiada por el Espíritu, se ha preocupado de discernir, aprobar, regular, proteger y vigilar estas diversas formas históricas de VR, de modo que pudieran crecer y florecer según el espíritu de los fundadores (LG 43, 1;45). Por este motivo la jerarquía se interesa en que los institutos religiosos se renueven y urge a que vuelvan a sus fuentes evangélicas y carismáticas y se adapten a las nuevas condiciones históricas (PC 2,1).

El Vaticano II afirma que los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia están fundados en "las palabras y ejemplos del Señor" (LG 43,1). Pero el paso de los textos bíblicos a la VR no es algo que se pueda deducir de forma lógica, apriorística y mecánica de unos versículos de la escritura.

¿Quién hubiera podido pensar en el siglo I que del evangelio iba a nacer el monacato, el franciscanismo, las carmelitas o los hermanitos de Foucault? Es el Espíritu Santo el que hace brotar a través de la historia nuevas lecturas de la Palabra de Dios hasta entonces imprevisibles. En cada momento histórico el Espíritu convierte el texto evangélico en fuente de nuevos sentidos, de nuevos llamados, de nuevos interrogantes y despierta en hombres y mujeres el deseo de responder a la Palabra con una nueva forma de seguimiento.

La VR aparece como la respuesta a una lectura carismática de la Escritura. Esto forma parte de lo que en teología se llama "el círculo hermenéutico": el sentido de la Escritura no puede ser fijado de una vez para siempre, aunque tampoco es posible aceptar cualquier sentido. El Espíritu Santo es quien va conduciendo a la iglesia a la verdad total y al pleno sentido, siempre en coherencia con la tradición eclesial (Jn 15,13).

2. La VR y las crisis históricas de la iglesia

Aunque es verdad que "desde los principios de la iglesia hubo hombres y mujeres que se propusieron seguir a Cristo con mayor libertad por la práctica de los consejos evangélicos" (PC 1,1), sin embargo también es cierto, como enuncia el mismo Vaticano II que "Dios quiso salvar y santificar a los hombres no individualmente y aislados entre sí" (LG 9,1) sino de forma comunitaria y visible. En este sentido se puede entender correctamente la afirmación de los historiadores de que la VR nace en el siglo IV.

El siglo IV es momento de crisis, de cambios fuertes sociopolíticos y eclesiales: la paz constantiniana hace pasar a la iglesia del martirio a la tolerancia y más tarde a ser la religión oficial del imperio. En estos años críticos, como reacción al peligro de instalación eclesial y de masificación incontrolada, surge el monacato, fenómeno tan amplio como sorprendente por su novedad, su radicalismo evangélico y su pluralidad de formas. Miles de hombres y de mujeres abandonan las ciudades y acuden a las arenas del desierto a vivir una vida de oración y penitencia, de trabajo manual y de meditación de la escritura, en una nueva y prodigiosa aventura espiritual. Durante ocho siglos la VR se identificó con la vida monástica.

El siglo XII experimenta una nueva conmoción histórica: la sociedad comienza a sacudir el yugo del feudalismo; nacen villas, comunas y universidades; se pasa del mundo rural al urbano; aparece el dinero como vehículo de comercio y de poder y surge una nueva aristocracia burguesa que oprime a los pobres. Mientras tanto la iglesia permanece feudal por sus posesiones, dominios y estilo de gobierno. Monasterios y obispados cubren toda Europa. Abades e

incluso obispos, siguiendo el espíritu de la época, se convierten en señores feudales con poder espiritual y temporal. En este contexto se origina desde el pueblo un fuerte movimiento en busca de una iglesia más pobre y más comunitaria, menos clerical y menos monástica, con gran avidez por conocer y anunciar la Palabra y con deseos de vivir "a lo evangélico". Las órdenes mendicantes nacen en esta coyuntura socioeclesial como respuesta a este nuevo reto de la historia.

El Renacimiento inaugura una nueva época: América, la brújula, la imprenta, la artillería, el alambique, la Reforma, el peligro turco..., encuadran un nuevo ethos cultural y religioso. Por todas partes aparecen grupos religiosos que quieren vivir "a la apostólica" y que se sitúan en las nuevas fronteras eclesiales: enseñanza, asistencia hospitalaria, misiones, defensa de la fe, cultura y arte. En siglos siguientes otros institutos masculinos clericales y laicales se sumarán a esta tarea eclesial moderna. La VR femenina, a pesar de sus deseos de presencia en el mundo, queda durante siglos enclaustrada.

La Revolución Francesa marca una nueva ruptura histórica y nuevas congregaciones surgen a fines del XVIII y en el XIX con un deseo de afrontar las nuevas necesidades de la época. Por primera vez la VR femenina podrá desplegar toda su inmensa capacidad de iniciativa y de entrega apostólica. De todos modos, el trauma producido por la Revolución Francesa será tan fuerte que casi toda la VR surgida o restaurada en esta época estará marcada por un claro sentido "restauracionista", por una nostalgia del mundo pre-revolucionario y por un rechazo de la nueva sociedad nacida de las convulsiones revolucionarias. Esto no impedirá, sin embargo, a la VR del XIX y del XX una gran extensión y un gran florecimiento institucional y misionero.

3. VR como seguimiento concreto a Jesús

Pero afirmar que la VR. aparece justamente en los momentos críticos de la historia de la iglesia, es permanecer todavía en lo exterior. Precisamente lo característico de las nuevas fundaciones consiste en que unos hombres y mujeres supieron escuchar en estos condicionamientos históricos la Palabra del Señor que llamaba a vivir la Uto-

pía del Reino y el seguimiento de Jesús con una nueva intensidad.

Hay dos temas que se repiten en cada nueva fundación: el deseo de imitar la comunidad apostólica de los discípulos de Jesús y el de actualizar la comunidad de la iglesia primitiva descrita en los Hechos de los Apóstoles. Cada época redescubre nuevos aspectos de la vida apostólica y de la iglesia de Jerusalén, pero siempre aparece como básico un proyecto de vida que quiere centrarse en el seguimiento de Jesús. La VR es una vida que une a la fe en Jesús, la praxis del seguimiento. Las demás estructuras de la VR (votos, comunidad, misión...) no son más que expresiones simbólicas necesarias para vivir en la historia esta experiencia espiritual del seguimiento de Jesús y carecerían de sentido evangélico si se desvinculasen del amor preferencial por Jesús y del deseo de seguirle.

Este seguir a Jesús no es abstracto, sino que prosigue las líneas evangélicas del Jesús histórico: su dedicación al Reino en fidelidad a la misión del Padre, su parcialidad por los pobres, su vida de servicio humilde, su deseo de construir una nueva humanidad, su oración confiada al Padre en medio de las noches oscuras de la pasión, su entrega sacrificial al Padre por los hombres.

Todo ello se ha traducido en la historia de la VR en una forma peculiar de situarse en la iglesia y en la sociedad. Su inserción socio-ecclesial tiene algo de anormalidad, anormalidad de la que los votos son el signo y que se plasma en un estilo de vivir y de actuar peculiares.

Un texto de J. Sobrino nos puede servir de guía:

"Los votos, además, por su misma estructura, permiten y exigen llevar a cabo la radicalidad del seguimiento (de Jesús) hasta regiones que no son las normales. Continuando con la metáfora geográfica podríamos decir que los votos permiten y exigen que el religioso esté presente en el desierto, en la periferia y en la frontera. Por "desierto" entendemos que el religioso esté allí donde de hecho no está nadie, como ha sido el caso a lo largo de la historia en la presencia de los religiosos en hospitales, escuelas o modernamente en parroquias desatendidas. Por

"periferia" entendemos que el religioso esté no en el centro del poder, sino allí donde no hay poder, sino impotencia. Por "frontera" entendemos que el religioso esté allí donde más hay que experimentar, según la necesaria imaginación y creatividad cristiana; donde mayor puede ser el riesgo, donde más necesaria sea la actividad profética para sacudir la inercia en que se vaya petrificando la iglesia en su totalidad o para denunciar con más energía el pecado"(Diakonía, Nº 4, P. 19).

Efectivamente, los monjes fueron al desierto, lugar deshabitado por los hombres, pero habitado por el maligno, según la tradición bíblica. Y fueron allá con el deseo de luchar como Jesús contra el demonio, realizando así una especie de exorcismo colectivo, de purificación ascética y espiritual de toda la iglesia, en un momento en que la comunidad eclesial tenía el riesgo de sucumbir a las tentaciones constantinianas de riqueza, triunfo y poder.

Los mendicantes se situaron en la periferia, iniciando un seguimiento de Jesús desde los pobres y en solidaridad con ellos, en medio de una situación de iglesia triunfal y de cristiandad.

La VR de la época moderna se abre a las nuevas fronteras sociales y eclesiales. Así impresiona leer en el Vaticano II la afirmación siguiente: "Los Institutos Religiosos de vida contemplativa y activa tuvieron hasta ahora y siguen teniendo la mayor parte en la evangelización del mundo" (AG 40,1). También Puebla se hace eco de "las incontables iniciativas de caridad, asistencia, educación y de modo ejemplar las originales síntesis de evangelización y promoción humana de las misiones franciscanas, dominicas, jesuítas, mercedarias y otras" (Puebla 9).

4. VR como vida profética

De hecho la VR constituyó en sus orígenes carismáticos una crítica evangélica de la sociedad y de la misma iglesia. Sin pretenderlo directamente, ni orquestarlo, monjes y religiosos de vida apostólica fueron un revulsivo evangélico, una "terapia de shock" en expresión de JB.

Metz, para la comunidad cristiana. Difícilmente podemos hoy valorar el sentido de contestación evangélica que supuso para la iglesia constantiniana la marcha al desierto de los monjes, o para la iglesia medieval los grupos de mendicantes que iniciaban un estilo eclesial fraternal y pobre, o para la iglesia moderna las grandes iniciativas de los religiosos en el campo de la cultura, la caridad, la evangelización y la misión.

Si examinamos atentamente los orígenes de la VR y de cada nuevo instituto, nos hallaremos ante una impresionante aventura espiritual, llena de audacia y creatividad. Unos hombres y mujeres, débiles y desconocidos, emprenden la tarea inmensa de instaurar un nuevo estilo de vida cristiana, sin modelos previos, sin mas fuerza que el evangelio y la imaginación creadora que busca realizar la Utopía del Reino en este mundo. No todos los intentos llegan a término. La historia nos habla de muchos movimientos de apariencia evangélica que desembocaron en extravagancias, en ilusiones o en sectas heréticas. Hay intentos que no sobreviven a sus iniciadores. El tiempo fue cribando el trigo de la paja. Tampoco fue fácil siempre hallar la aprobación eclesiástica. Todo carisma tiene algo de sorpresivo y de desconcertante. El Documento romano **Mutuae relationes (Criterios para las relaciones entre obispos y religiosos en la iglesia)** de 1978 afirma claramente:

"Todo carisma auténtico lleva consigo una cierta carga de genuína novedad en la vida espiritual de la iglesia, así como de peculiar efectividad, que puede resultar tal vez incómodo e incluso crear situaciones difíciles, dado que no siempre es fácil e inmediato el reconocimiento de su proveniencia del Espíritu" (**Mutuae relationes n. 12**).

Sólo a base de lento diálogo y a veces de sufrimiento y tensión, los institutos han ido recibiendo la aprobación eclesial de la jerarquía, y han pasado así de ser simples iniciativas carismáticas privadas a formar comunidades al servicio de la iglesia, fruto reconocido del dinamismo del Espíritu en la historia.

Si quisiéramos compendiar todo lo dicho acerca del

nacimiento de la VR en momentos de crisis, de su aspiración del seguimiento radical de Jesús, de su ubicación marginal en la historia, de su novedad y sus riesgos, de la necesidad de discernimiento y de su sentido implícito de crítica evangélica, seguramente no hallaremos formulación más adecuada que la de carisma profético. La VR es una profecía existencial, en la que la vida personal y comunitaria se convierte en un símbolo de la Utopía del Reino, en una parábola viva del seguimiento de Jesús en nuestra historia, en un capítulo de la Cristología práctica. El Vaticano II no utiliza esta expresión, pero sí Medellín:

"A lo largo de la historia de la iglesia, la VR ha tenido siempre, y ahora con mayor razón, una misión profética: la de ser testimonio escatológico" (Medellín 12,2).

Esta puede ser, pues, una forma sintética y concreta de resumir y actualizar cuanto el Vaticano II dice sobre la VR. El Espíritu Santo, "que habló por los profetas" como recitamos en el Credo, continúa actuando a través de hombres y mujeres insignes (LG 45; PC 1,2). Como afirma **Mutuae relationes**, citando a la **Evangelii nuntiandi** (n.11):

"El carisma de los fundadores se revela como una experiencia del Espíritu" (**Mutuae relationes** n.11).

5. La gran tentación de la VR

No quisiéramos acabar esta reflexión sobre la historia de la VR sin constatar un hecho que nos debe servir de toque de atención. La necesidad de discernir evangélicamente el estilo de VR no es tarea exclusiva de los orígenes, sino que debe coexistir a lo largo de toda la historia de la VR.

La Historia nos enseña que los monjes que fueron al desierto a luchar contra el maligno y a vivir una forma de martirio incruento, con los siglos, y seguramente llevados por el buen deseo de responder a exigencias históricas inmediatas, se convirtieron en una estructura de riqueza y de poder. Precisamente las continuas reformas del monacato son un intento de abandonar la seguridad de la gran abadía y "volver al desierto". A pesar de todo, y aunque en los monasterios había monjes de eximia santidad, ante la

crisis del siglo XII, los jóvenes acudieron a las puertas de los mendicantes en busca de una nueva forma de seguimiento marginal y pobre. Pero también con el tiempo la marginalidad tiende a desaparecer y ante las nuevas fronteras se necesitarán nuevos estilos de VR. También lentamente se abandonará la incomodidad de vivir en la frontera y se tenderá a la instalación en el centro; a todo ello se ha de añadir el espíritu "restauracionista" de la mentalidad eclesial del siglo XIX y comienzos del XX que afectará a la misma VR. No es ningún secreto que muchos institutos que nacieron para cuidar enfermos y pobres y educar a niños pobres, hoy trabajan mayoritariamente con otros sectores de la sociedad.

Debería hacernos reflexionar el hecho de que el Vaticano II pidiese a la VR una "adecuada renovación", una vuelta al evangelio y a los carismas fundacionales y un mayor conocimiento de las nuevas condiciones de los tiempos y de las necesidades de la iglesia (PC 2). Parece como si, en vez de ser la VR la que señalase a la iglesia las exigencias de la vida cristiana evangélica, ahora fuese la misma iglesia reunida en Concilio la que nos tuviese que recordar las exigencias de la radicalidad del seguimiento de Jesús...

El peligro constante de la VR a lo largo de la historia es la pérdida de su dimensión profética, la acomodación a los estilos de vida mundanos, la lenta transformación de su Utopía en resignación mediocre de la realidad, la peligrosa reducción de la fuerza escatológica a la normalidad, la domesticación de la profecía al servicio meramente utilitario. Evidentemente la VR, como todo carisma eclesial, siempre tiene una función de servicio y de utilidad eclesial y social. Pero este servicio ha de ser siempre desde su inspiración carismática y profética de sus orígenes, de forma que cuando un servicio ahoga su dimensión profética, entonces la VR entra en crisis de identidad.

A. Paoli lo ha expresado con su acostumbrado vigor:

"Si un grupo religioso de alguna manera no es una comunidad profética, no tiene razón de existir".

Cuando el acento se desplaza de la profecía al "servicio" al "ministerio", el grupo como tal ha terminado, no tiene más razón de existir. La razón de ser fundamental de una congregación religiosa es la profecía y cuando su razón de ser fundamental pasa a ser el servicio, el ministerio, sea pastoral o de instrucción, de asistencia o de hospitalidad, no puede evitar de caer en el agua muerta de la burguesía, es decir en la cultura típicamente anti-evangélica, que no es cultura de liberación, sino de conservación. La línea profética es siempre una línea de oposición y de denuncia de los dos poderes: el poder político y el poder religioso. La iglesia tiene necesidad de esta función profética que al mismo tiempo en lo interno la arruina y la rehace continuamente. Es muy instructivo el sueño del Papa Honorio que ve a San Juan de Letrán caer en ruínas y a San Francisco que la sostiene. Es San Francisco quien hace desmoronar la catedral de Roma y quien, al mismo tiempo, la salva".

La misma idea la hallamos en J. Sobrino de forma más concisa:

"Si a la vida religiosa le compete una cierta anormalidad estructural, ésta entra en crisis cuando se tiende a la normalidad, cuando no se está presente ni en el desierto, ni en la periferia, ni en la frontera".

En la medida en que la VR deja el desierto, la frontera y la periferia para instalarse en un cómodo centro, deja de ser un signo escatológico de la esperanza del Reino y se convierte en signo de la fuerza domesticadora y mundana de la historia. Lo más triste y alarmante es que muchos religiosos muchas veces no son conscientes de ello, contentándose a veces en sublimar cierta mediocridad espiritual e incluso se maravillan de que se les exija una dimensión profética en su vida. Cuando el Vaticano II urgió a los religiosos a volver al evangelio y al carisma fundacional, e incluso obligó a todas las congregaciones a convocar un capítulo especial de renovación, en el fondo no hizo más que cuestionar a los religiosos sobre su fidelidad a su vocación profética en la iglesia. Muchos institutos, acostumbrados a celebrar capítulos únicamente para cuestiones administrativas y de gobierno (elección de superiores generales, erección de

nuevas provincias, creación de obras nuevas...) se vieron literalmente sorprendidos al tener que confrontar su vida con sus propios orígenes carismáticos.

Un apólogo oriental nos puede servir para cerrar esta reflexión sobre la tentación de la VR.

"Un hombre se encontró un huevo de águila. Se lo llevó y lo colocó en el nido de una gallina de corral. El aguilucho fue incubado y creció con la nidada de pollos.

Durante toda su vida, el águila hizo lo mismo que hacían los pollos, pensando que era un pollo. Escarbaba la tierra en busca de gusanos e insectos, piando y cacareando. Incluso sacudía las alas y volaba unos metros por el aire, al igual que los pollos. Después de todo, ¿no es así como vuelan los pollos?

Pasaron los años y el águila se hizo vieja. Un día divisó muy por encima de ella, en el límpido cielo, una magnífica ave, que flotaba elegante y majestuosamente por entre corrientes de aire, moviendo apenas sus poderosas alas doradas. La vieja águila miraba asombrada hacia arriba: "Qué es eso" preguntó a una gallina que estaba junto a ella.

"Es el águila, el rey de las aves" respondió la gallina.

"Pero no pienses en ello. Tu y yo somos diferentes de él".

De manera que el águila no volvió a pensar en ello. Y murió creyendo que era una gallina de corral. (A. de Mello. **El canto del pájaro**, Santander 1982, PP. 129-130).

II. LA VIDA RELIGIOSA EN EL PRESENTE DE AMERICA LATINA

1. La situación de AL como crisis histórica y eclesial

AL vive momentos de gran densidad histórica y eclesial. Es un continente "signado por la esperanza cristiana y sobrecargado de problemas" (Puebla, mensaje a los pueblos de AL, n.1), que atraviesa momentos de gracia y de tragedia.

Tanto Medellín como Puebla, en su afán de discernir los signos de los tiempos, constatan en AL una doble realidad.

Por un lado hablan de "estructuras injustas" (Medellín 1,2) de "violencia institucionalizada" (Medellín 2, 16), de "creciente brecha entre ricos y pobres" (Puebla 28), todo lo cual constituye "una situación de pecado" (Medellín 2,1; cfr Puebla 70), "de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos" (Puebla 28) y en gobiernos que amparan su Ideología de Seguridad nacional en una "subjetiva profesión de fe cristiana" (Puebla 49).

Por otro lado constatan en AL realidades positivas (Puebla 17-26); más aún en el mismo clamor tumultuoso e impresionante del pueblo que sufre y demanda justicia, libertad y respeto a los derechos humanos, se encierra un profundo signo de esperanza evangélica (Puebla 24; 87-89).

Podemos traducir esta situación histórica de AL en lenguaje bíblico y teológico diciendo que el continente se debate entre la vida y la muerte. La muerte es, bíblicamente, el fruto del pecado (Gen 4; Rm 5,12). Esta afirmación bíblica adquiere en AL un trágico realismo.

Monseñor Romero lo formuló en Lovaina el 2 de febrero de 1980, con motivo de su doctorado honoris causa por aquella universidad:

"Sabemos que el pecado es verdaderamente mortal pero no sólo por la muerte interna de quien lo comete, sino por la muerte real y objetiva que produce. Recordamos de esta forma el dato profundo de nuestra fe cristiana. Pecado es aquello que dio muerte al Hijo de Dios, y pecado sigue siendo aquello que da muerte a los hijos de Dios".

De este modo AL, continente en situación de pecado, es un continente en situación de muerte. Muerte violenta y sangrienta de muchos y muerte lenta de millones de pobres, reducidos a condiciones inhumanas y que carecen de alimento, vivienda, cultura, salud, libertad y de derechos humanos.

Por otra parte, la aspiración clamorosa del continente es un deseo de vida más humana, libre, integral, auténtica, plena.

Pero detrás de la dialéctica muerte-vida se esconde algo más profundo: la lucha entre la idolatría y el verdadero Dios, una lucha de dioses. En la biblia no sólo se condenan los cultos idolátricos a divinidades como Baal, Astarté y Moloch, sino también la idolatrización de realidades terrenas y humanas. Los profetas preexílicos claman contra la divinización de los grandes imperios de Egipto, Asiria, Babilonia y contra la búsqueda de salvación y de seguridad por parte de Israel en el poderío militar de sus aliados. Pero hay además otra idolatría todavía más extendida y radical, contra la que se desencadena la crítica profética: es la idolatría del dinero, la codicia, el culto práctico a Mammón, del cual el evangelio nos dirá que nadie le puede servir al mismo tiempo que a Dios (Mt 6,24; cfr Ef 5,5; Col 3,5).

Pero estos ídolos no son simplemente vanos e inexistentes (Sal 81,10; Is 44,14; 1 Cro 16,26), sino que son asesinos, que se nutren de la sangre del pueblo. Estos nuevos Baales exigen sacrificios: el pueblo pobre debe pagar el precio de la alianza con los imperios (2 Re 23, 35) y el dios Mammón produce huérfanos, viudas, emigrantes, pobres y sangre de inocentes (Is 2,7-9; Is 5,20-23; Is 10,1-4; Jer 5,26-28; Ez 7,19; Ez 22,27-29; Am 8,4-7). El abandono del Dios verdadero y Absoluto por los ídolos significa concretamente dejar al Dios de la vida por los dioses de la muerte.

Esta misma realidad la hallamos también formulada en otros términos: no se puede servir a Dios y al maligno, que es príncipe de este mundo y homicida desde el comienzo. Para nosotros sólo hay un solo Dios, el Padre y un solo Señor, Jesucristo (1 Cor 8,4-6; Cor 4,4; Ef 2,2; Jn 14,30; 12,31; 16,11; 1Jn 3,7-18).

Aplicando esta temática bíblica a AL podemos afirmar que las estructuras políticas, económicas, sociales y militares, que dominan y esclavizan al pueblo de AL, constituyen una falsa divinidad, son estructuras demoníacas, que exigen de sus adoradores la sangre de los pobres y

lo más trágico e irónico es que estos ídolos se quieren bautizar con principios cristianos (Puebla 547). Frente a estos ídolos de muerte, la lucha del pueblo por la vida es un acto de fe en el Dios vivo, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que ha hecho de la vida su mediación fundamental.

2. El seguimiento de Jesús en AL hoy

¿Qué significa para todo cristiano de AL seguir a Jesús hoy?

En esta lucha entre el Dios de la vida y los ídolos de la muerte, el cristiano no puede ser neutral: no se puede sacrificar a Dios y a los ídolos de los demonios (1 Cor 10,21). Toda postura irénica, a la corta o a la larga, desembocará en una alianza con los dioses de la muerte.

Esta lucha no es simplemente ética, sino teológica y escatológica, es la prolongación de la lucha de Jesús en su tiempo. También él se halló ante estructuras económicas, políticas y religiosas deshumanizantes y esclavizantes, y toda su vida fue una expulsión del príncipe de este mundo en orden a liberar a los hombres oprimidos por el demonio (Hch 10,38). La actividad exorcística de Jesús frente a los endemoniados de su tiempo tiene un profundo sentido simbólico y religioso: es una señal de que el Reino de Dios ya ha llegado (Mt 12,28).

Toda la misión de Jesús se orienta hacia la vida: ha venido para que los hombres tengan vida plena y abundante (Jn 5,24; 10,28; 17,2). Esto le lleva a ponerse al lado de los privados de vida y a defenderlos frente a las amenazas de muerte de los poderosos, y al mismo tiempo a desenmascarar las falsas divinidades del poder, la ley y el dinero. La muerte de Jesús es el resultado de este conflicto entre el Dios de la vida y el Dios de la muerte. Aparentemente el príncipe de este mundo vence a través de sus secuaces, pero esta victoria no es real: la resurrección de Jesús muestra la victoria definitiva del Dios de la vida sobre los ídolos de la muerte y desenmascara su falso poder (Col 2,15).

Cuando Puebla habla de la "opción preferencial por los pobres" (Puebla 1134-1165) como una de las priorita-

rias para la iglesia de AL hoy, no está cediendo a modas sociológicas o a ideologías sospechosas, sino que está actualizando para el contexto geográfico e histórico de AL el seguimiento de Jesús hoy. Es una opción por los que tienen la vida amenazada, es una opción por los condenados a muerte, es una forma de descalificar a los sectores y a las estructuras poderosas de nuestra sociedad que asesinan lentamente al pueblo débil, sacrificándolo a los nuevos Baales de la historia de hoy.

A nadie puede extrañar que esta opción sea conflictiva y pueda conducir hasta la muerte, como lo demuestra el ya amplio martirologio latinoamericano de estos últimos años. El martirio de Monseñor Romero es su símbolo más preclaro.

Por otra parte, esta opción por los condenados a muerte fruto de la fe en la Resurrección de Jesús: el Resucitado es la gran señal de esperanza para los crucificados de este mundo y en cambio es desesperante mala noticia para todos los Pilatos, Caifás, Herodes y saduceos de este mundo que desean que las cosas no cambien nunca.

Luchar por la justicia es hoy en AL creer que el Dios de la vida es más fuerte y poderoso que las fuerzas de muerte, que con sus estructuras diabólicas atenazan al pueblo. Optar por los condenados a muerte supone confesar que Dios escucha siempre el clamor de los pobres, como escuchó el clamor de Jesús en la cruz y lo resucitó. Sólo desde la resurrección creemos que la fe es capaz de vencer el mundo y sus estructuras de muerte (1 Jn 5,4).

3. Misión de la VR en AL hoy

¿Cómo formular la misión de la VR en AL hoy?

En primer lugar la VR debe captar con claridad en esta encrucijada histórica de muerte y vida un auténtico signo de los tiempos; es un "kairós", un momento especialmente privilegiado de la historia de salvación en el que se juega no sólo la vida de los hombres sino la gloria de Dios, ya que en formulación de Ireneo, "Gloria Dei vivens homo", la gloria de Dios es que el hombre viva.

Corresponde a la VR una comprensión lúcida y espiri-

tual de la realidad de AL con toda su densidad humana y teológica, con todo su dramatismo de alumbramiento de una nueva creación, que actualiza la imagen joannea de la aflicción de la mujer cuando llega la hora del parto y de su alegría ante el nuevo hijo (Jn 16,21). La tradición espiritual de los religiosos, sus orígenes carismáticos y proféticos deberían facilitar a los religiosos de AL la sensibilidad hacia este signo de los tiempos que trasciende a todas las congregaciones de forma sincrónica y simultánea: todos los institutos deben sentirse interpe-lados por esta hora histórica de dolor y de esperanza.

Esta visión penetrante de la historia es tanto más urgente cuanto amplios sectores de la iglesia permanecen todavía ciegos ante este nuevo momento histórico o lo interpretan de forma ideológica y no evangélica. De nuevo la VR debe redescubrir su tradicional dimensión profética de centinela vigilante de la historia.

Esto supuesto, debemos seguir preguntándonos cómo se puede concretar para la VR de hoy en AL el ir al desierto, al margen y a la frontera, típicos de toda VR.

Lo podríamos formular así: sumergirse en las zonas donde la vida está amenazada y solidarizarse con las aspiraciones de vida que de allí surgen. Se trata de un mismo movimiento aunque tenga momentos lógicamente diferenciables.

A) Sumergirse en las zonas donde la vida está amenazada

Esta podría ser la traducción del desierto, el margen y la frontera en un continente en que millones de seres están condenados a muerte prematura y a una vida infrahumana. Es traducir la opción preferencial por los pobres en términos de la dialéctica muerte-vida. Estas zonas pueden ser etnias despreciadas, campesinos, mineros y trabajadores oprimidos, barrios marginales, urbanos, áreas especialmente necesitadas de salud y educación, sectores abandonados como niños y ancianos, etc. Esta inserción no es simplemente asistencial o pasiva, sino que se orienta a luchar contra las estructuras de muerte que allí amenazan con fuerza. Nuestra sociedad se ha estructurado de forma tan hipócrita y farisaica, relegando la miseria al margen, que sin una inserción mayoritaria en estos sectores conde-

nados a muerte, se puede llegar a creer que la sociedad funciona bien aunque naturalmente todavía podría funcionar mejor...

Este sumergirse en las zonas de muerte, en el fondo no hace más que actualizar existencialmente lo que simbólica y sacramentalmente todo cristiano celebra en el bautismo: la inmersión en las aguas de la muerte para emerger a la nueva vida (Rm 6). Las afirmaciones del Vaticano II sobre la VR y su orientación a recibir un mayor fruto de la gracia bautismal (LG 44,1), pueden entenderse como una mayor penetración en las zonas de muerte de la historia, como un "descenso a los infiernos" de nuestro mundo. Estamos ante una dimensión cristológica y pascual de la VR demasiado olvidada: seguir a Jesús significa seguirle en su pobreza, en su "kénosis", en su opción por los marginados, en su muerte y "descenso a los infiernos". Seguir a Jesús significa prolongar su lucha exorcística contra el maligno. La afirmación tradicional del monacato de que el religioso va al desierto a luchar contra el demonio, se actualiza históricamente hoy como lucha contra estructuras de muerte. Pero esta lucha exorcística y este "descenso a los infiernos" de nuestro mundo no son meramente negativos ni pasivos: la expulsión de los demonios es señal de la llegada del Reino (Mt 12,28). Jesús resucitado sale victorioso de los infiernos arrastrando tras de sí a la humanidad caída e iniciando una humanidad nueva, primicias de la nueva creación.

B) Solidaridad con las aspiraciones de vida

El "descenso a los infiernos" se ordena a la resurrección y a la vida. La VR en AL se debe orientar a descubrir los anhelos de vida ocultos en el mismo clamor del pueblo, pobre y creyente, y colaborar a que nazca una vida nueva y plena en todas sus dimensiones: biológica, cultural, personal, comunitaria, social, política, religiosa, evangélica, eclesial, escatológica. La vida posee tal plenitud de sentido y tal profundidad, que todos sus niveles son ya participación del misterio de Dios, el cual es misterio de vida plena y total. Coadyuvar a que la vida en cualquiera de sus dimensiones nazca y crezca es ya dar gloria al Dios de la vida. Pero la misma plenitud de la vida que se nos ha comunicado en Jesús, exige

que el dinamismo de la vida no se detenga, siempre crezca, y de los niveles inferiores se vaya extendiendo a más altos, hasta llegar a la estatura plena de todo en Cristo. Así entre el "pan", símbolo más elemental de la vida cotidiana, y Jesús el "Pan de vida", media la relación existente entre sacramento (signum) y realidad (res).

Ahora bien, en situación de muerte, cuando millones de hombres se hallan condenados a los infiernos en vida, cuando la prepotencia de las fuerzas del mal es tan impresionante, sólo la fe en el Resucitado es capaz de hacer surgir la esperanza y de hacer romper las cadenas de la pasividad, el miedo y la desesperación. Frente a las multinacionales, frente a la dependencia del neocapitalismo de los países del Norte, frente a la tecnología de los países ricos, frente a las armas y a las torturas de las dictaduras militares, frente al poder de los medios de comunicación social en manos de los poderosos,...sólo la fe en el Dios de la vida, el mismo que resucitó al Crucificado, es capaz de movilizar las energías del pueblo oprimido. También aquí la VR debe ser signo de esperanza en la fuerza del Resucitado.

Sería ingenuidad creer que esta inserción de la VR en los lugares donde la vida está amenazada y esta solidaridad con las aspiraciones de vida, sea cosa fácil y triunfal. Sólo la vida engendra la vida. Sólo el grano de trigo muerto produce frutos (Jn 12,24). Todo intento de desenmascarar las dimensiones de muerte de las estructuras, toda desmitificación de las falsas divinidades del dinero y del poder que usan el nombre de Dios para oprimir al pueblo, provocan necesariamente conflictos. La lucha de los dioses se concreta en lucha entre los representantes de las fuerzas de la muerte y los voceros de las fuerzas de la vida. También aquí la VR deberá participar de cerca del destino del Siervo de Yahvé, de la pasión del pueblo y de Jesús. Tensiones, falsas acusaciones, malas interpretaciones, persecución y tal vez martirio, van a ser signos evangélicos de esta VR en AL, en la medida en que sea fiel al evangelio y se solidarice con los pobres que claman por la vida. El número creciente de religiosos en el martirologio de AL, indica que todo esto no son meras suposiciones teóricas. El martirio de Luis

Espinal es un ejemplo de ello. Más aún, en Espinal aparece con diafanidad algo que puede ser una característica de la VR en AL hoy: el paso del profetismo a la apocalíptica. No se trata ya simplemente de denunciar y de anunciar, sino de combatir activamente con el arma de la Palabra los poderes de muerte, de ser para todo el pueblo una señal de esperanza en momentos de persecución y hacer que el pueblo escuche anticipadamente aquellas palabras de triunfo del Apocalipsis:

"Ya llegó la liberación por medio del poder de Dios. Reina nuestro Dios y su Cristo manda.

Fue anonadado el que acusaba a nuestros hermanos, el que de día y de noche los acusaba ante nuestro Dios.

Más ellos lo han vencido por la sangre del cordero y por la valentía con que lo proclamaron, ya que despreciaron su vida hasta sacrificarse por él" (Apoc 12,10-11)

4. Actualización de la VR tradicional en AL

Si, como hemos visto, la VR siempre actualiza imprevisiblemente el dato bíblico en cada momento histórico, bajo la fuerza del espíritu, podemos afirmar que esta nueva misión de la VR en AL no es más que un ejemplo de esta constante en la historia de la VR.

Los datos tradicionales sobre la VR se historizan en AL:

- **seguir a Jesús** significa hoy en AL seguirle en la lucha crucial contra los poderes de muerte y en su entrega de la vida al padre por el bien de los hermanos.

- **ser signo del reino**, significa en AL testimoniar que el Reino de Dios surge cuando son expulsados los demonios de la injusticia y de la muerte, en continuidad con la misión exorcística de Jesús y de sus discípulos (Mc 16,17).

- **ser signo de trascendencia** significa en AL creer que el Dios de Jesús es el Dios de la vida, descalificando a todos los otros dioses terrenos y mundanos que causan la muerte del pueblo.

- **ser signo de la escatología**, significa en AL luchar por la construcción de una humanidad que anticipe, aunque sea de forma parcial y sacramental, las dimensiones de fraternidad y filiación de la Nueva Humanidad.

- **ser testigo de la Resurrección**, significa en AL creer que la fuerza del Resucitado es mayor que todo poder de muerte.

Aunque estas dimensiones de algún modo corresponden a todo cristiano, la VR lo vive desde las estructuras de los votos, comunidad y misión que la liberan y disponen de forma especial para poder hacer de toda la vida un testimonio profético de la supremacía del Reino de Dios y del valor de las Bienaventuranzas para transfigurar el mundo. Es una profecía que se adentra hacia la apocalíptica. Esto debe traducirse en la práctica en una doble actitud: un deseo de fidelidad al propio carisma vocacional y un deseo de caminar junto con toda la comunidad eclesial de AL.

De hecho, la evolución de la VR en AL camina por estos derroteros, como se desprende tanto de las reflexiones de la CLAR como de Medellín (Documento 12) y Puebla (721-776). De este itinerario de los religiosos parecen desprenderse cuatro líneas fundamentales:

- A) Una mayor inserción entre los pobres
- B) Un nuevo énfasis en las relaciones fraternales de la comunidad.
- C) Una mayor insistencia en las tareas de la evangelización misionera, en conexión con la iglesia particular.
- D) Una experiencia más profunda de Dios.

Hay que señalar que estos pasos no son independientes, sino que constituyen diversos momentos de un único proceso histórico de acercamiento a la realidad del pueblo: sólo en este caminar junto al pueblo pobre y crucificado, la VR podrá ser profecía del Reino y signo de Dios; sólo optando por los pobres y condenados a muerte, podrá experimentar y anunciar al Dios de la vida; sólo en este seguimiento de Jesús hasta el desierto, el margen y la frontera podrá descubrir el rostro del Crucificado en los rostros de los marginados de AL (Puebla 31-39) sólo desde una

mayor inserción entre los pobres, la comunidad religiosa se abrirá realmente a la fraternidad y a la solidaridad verdaderas; sólo siendo evangelizados por los pobres, se podrá evangelizarlos; sólo desde la profecía podrá aportar a la Iglesia local su identidad carismática; sólo desde la lucha contra los dioses de la muerte junto con los más pobres, evitará la VR la tentación de acomodación y el peligro de ser domesticada; sólo desde una experiencia constante y gratuita del Dios de la vida y desde una fe en la Resurrección, se podrá seguir adelante en este camino evangélico. En resumen la veracidad y profundidad de la experiencia de Dios, de la evangelización y de la dimensión comunitaria pasan por la mediación de la inserción entre los pobres. Desde esta óptica quiséramos decir que la vida contemplativa en AL no sólo adquiere sentido pleno, sino que alcanza una renovada actualidad: dar testimonio de la soberanía y trascendencia absoluta del Señor de la vida, en medio de un mundo aprisionado por estructuras de muerte.

Nadie puede negar que nos hallamos ante un gran desafío histórico, una gran aventura, llena de riesgos, necesitada de un continuo discernimiento, sin modelos previos. La comunión con la iglesia y sus legítimos pastores siempre será necesaria para obviar peligros e ilusiones y para acertar en el discernimiento evangélico. De la respuesta a este reto depende que la VR en AL se eleve a ser realmente un signo profético o se limite a vivir de la inercia del pasado, picoteando mil pequeñas preocupaciones domésticas, o lo que sería peor, haciendo el juego de las mismas estructuras de muerte.

Pero como todo gran momento de la historia de la VR se presiente aquí el rumor impetuoso del Espíritu que es quien habla por los profetas, es Señor de la vida y actúa de forma imprevisible desde el reverso de la historia.

Se realiza aquí, de nuevo, una constante de la historia de salvación que no se limita ni a la VR, ni a AL, sino que tiene una trascendencia y una proyección universal; C. Mesters lo afirma claramente:

"En la lectura de la biblia aparece una constante desde Abraham hasta el fin del Nuevo Testamento. La voz de Dios toma forma, profundidad y sentido siempre en los marginados. En las épocas de crisis y renovación, Dios interpela a su pueblo desde la marginación, y éste comienza a recuperar el sentido y el dinamismo perdido en su marcha".

Desde los marginados de AL desde los que se solidarizan con ellos, el Espíritu está interpelando a toda la iglesia y a los hombres de buena voluntad "Porque para Dios nada es imposible" (Lc 1,37 y Gn. 18,14).

